

HISTORIA

Santafé de Ralito de Álvaro Uribe Vélez que, a diferencia de los anteriores, se adelantó con los paramilitares, pues el odio visceral de Uribe contra las Farc no le permitió “negociar” con el grupo guerrillero, por lo que emprendió una política de “mano dura”, escudado en la “guerra global al terrorismo”. En el trasfondo se narra por parte de Palacios, el nacimiento y fortalecimiento de los grupos paramilitares, a partir del año ochenta, y una cada vez mayor presencia del tema de los Derechos Humanos, temas ambos que han matizado los procesos de paz y, sobre todo, el conflicto mismo.

La interpretación adelantada por Palacios deja de lado temas concomitantes con la Violencia pública. En particular creo que asuntos públicos como la corrupción, el desprestigio del legislativo y en general de la clase política, la pérdida de valores en la sociedad colombiana, el evidente alinderamiento hacia la derecha y la izquierda, el radicalismo de los sectores de derecha frente a asuntos como el de las minorías, llámese étnicas, sexuales, etc., como también hacia la legalización de las “drogas ilícitas”, tienen mucho que ver con el curso de la violencia. Sin embargo, el conjunto del libro es útil en estos momentos en que se negocia un proceso de paz entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las Farc.

José Eduardo Rueda Enciso

Profesor titular, Escuela Superior de Administración Pública

Una biografía que evoca la triste historia del liberalismo colombiano

Rafael Uribe Uribe y el liberalismo colombiano

VINCENT BAILLIE DUNLAP

Juan Santiago Correa Restrepo y Alberto Supelano Sarmiento (trad.)
Universidad Externado de Colombia,
Bogotá, 2010, 327 págs.

HOY, CUANDO el apellido Uribe tiene una fuerte connotación política

en Colombia, una biografía de un antiguo dirigente político liberal con ese apellido, que vivió entre fines del siglo XIX y comienzos del siguiente, puede estar revestida de un interés que, originalmente, no estaba destinada a poseer. Esta biografía fue una disertación del profesor Vincent Baillie Dunlap que tuvo lugar en 1979 en la Universidad de Carolina del Norte, en cumplimiento de los requisitos para grado de doctor en Filosofía del Departamento de Historia. Desde entonces, la disertación quedó guardada en su versión original en inglés y apenas en 2010 fue publicada esta traducción al español. Conocer y divulgar ahora esta biografía no solo va a servir para recordar al dirigente liberal asesinado en 1914 en el centro de Bogotá, con seguridad va a propiciar analogías entre el pasado y el presente de la vida pública colombiana.

Al libro, bien traducido en términos generales, le hizo falta un estudio preliminar o al menos una presentación por cuenta de los traductores; por ninguna parte aparece una explicación de los muy buenos motivos que acaso alentaron esta traducción. Les corresponde a los lectores imaginarse el porqué del literal rescate de este estudio biográfico olvidado. Eso sí, el hecho de que haya sido la Universidad Externado de Colombia la patrocinadora de la publicación sitúa bien el hecho editorial. Esta biografía del político Rafael Uribe Uribe es indispensable en cualquier análisis de lo que fue uno de los momentos más complejos de la historia del Partido Liberal colombiano; ese fin del siglo XIX y comienzo del siglo XX que fue traumático y a la vez decisivo para que el liberalismo colombiano, entonces minoritario electoralmente se erigiera, poco a poco, en un atractivo partido de masas que aupó o acompañó la transición moderna en Colombia en la primera mitad del siglo XX.

Estamos ante un concienzudo estudio biográfico, muy concentrado en la trayectoria política de quien fue uno de los grandes dirigentes de una etapa muy complicada del liberalismo colombiano. Es una biografía enteramente política, con pocas y ceñidas alusiones a asuntos de la vida privada y demasiado somera a la hora de examinar la producción intelectual del

RESEÑAS

personaje; aun así, no podemos negar que se trata de un estudio muy consistente en que el biografiado aparece debidamente puesto en situación. La biografía, para los historiadores, no es una concentración excesiva en la trayectoria de un personaje, sino, más bien, una minuciosa conversación entre la singularidad de ese individuo y el contexto en que éste tuvo presencia; es un diálogo entre el microcosmos y el macrocosmos que el autor de la biografía supo hilvanar.



Es inevitable, al leerla, pensar en el panorama muy incompleto y desigual de estudios biográficos en Colombia y, sobre todo, el débil nexo todavía existente entre la historiografía política y el recurso biográfico. La traducción de esta lejana tesis doctoral testimonia que, incluso, la muy sobria y llana historiografía estadounidense tuvo el atrevimiento de acudir a un género de escritura problemático, mal recibido y, sin embargo, un recurso de interpretación histórica arropado en una larga tradición. Hoy, la biografía en Colombia goza de más adeptos y no despierta las desconfianzas que la marginaron algunos decenios atrás. En este caso, se trata de una biografía que superó las miradas apoloéticas de algunos biógrafos uribistas y es, sobre todo, un estudio bien documentado, bien narrado y explicado que contribuye a desentrañar la mentalidad de la dirigencia política colombiana, a comprender cuáles han sido los principales componentes de eso que solemos llamar cultura política.

En esta biografía, en particular, tenemos una reconstitución no solo de una trayectoria política individual destacada que tuvo un desenlace trágico, sino que además logramos hacernos a

una idea del estado histórico del liberalismo colombiano a fines del siglo XIX y comienzos del XX. La vida del político Rafael Uribe Uribe condensa en sus aristas fundamentales los dilemas, los fracasos, las contradicciones del liberalismo como ideología y como organización política en Colombia. Y también nos revela o sintetiza la índole de una elite política, de sus capacidades y sus dificultades para cumplir con las obligaciones de la democracia representativa, la inclinación recurrente a los enfrentamientos armados, las disputas entre facciones, los desafíos de la inserción en la economía mundial, la necesidad de la actualización doctrinaria y de conversar con nuevos grupos sociales.

La vida de Uribe Uribe está inscrita en el paisaje de un liberalismo derrotado. Mejor, su vida es ejemplo del fracaso del proyecto político liberal en Colombia y del triunfo del proyecto de nación católica, centralista y autoritaria del conservatismo. Las incoherencias del biografiado fueron las mismas que poseyó, grosso modo, la elite liberal colombiana desde la segunda mitad del siglo XIX hasta inicios del siglo siguiente. Uribe Uribe fue liberal radical antirregeneracionista, pero también fue conciliador con el conservatismo dominante. Su ascenso político estuvo mediado por sus habilidades militares; se debatió entre el afán de gloria personal y la necesidad de un proyecto político colectivo plasmado en una organización partidista. Osciló entre la iniciativa empresarial privada y la exaltación de la capacidad reguladora del Estado. Estuvo atrapado en los sectarismos partidarios del siglo XIX y las exigencias de un discurso político moderno al arrancar el siglo XX. Él expresó el ascenso político de una clase media rural que tuvo que intermediar entre los grandes propietarios de la tierra y los campesinos pobres. Trató de aproximar su partido a las aspiraciones de los sectores populares, pero precisamente fragmentos decepcionados del pueblo lo asesinaron.

El título anuncia una relación bien expuesta a lo largo de la biografía, la de la personalidad del hombre político y la condición del liberalismo colombiano en el tiempo de la existencia de aquel. Leer la tragedia de Uribe Uribe

es entender la tragedia del liberalismo colombiano como alternativa de construcción del Estado-nación. El animoso dirigente liberal nació, vivió y murió en una época en que el liberalismo se debatía en una condición electoral minoritaria y padecía enfrentamientos internos, en tanto que trataba de tener presencia en el espacio de opinión política y, al mismo tiempo, urdía levantamientos armados. Pero, sobre todo, y esto no lo dice de manera clara la obra de Baillie Dunlap (ni tenía la obligación de afirmarlo), la vida del político nacido en Antioquia sintetiza lo que había sido hasta entonces el liberalismo colombiano: una ideología débil, casi intrusa, que no logró cohesionar una comunidad nacional. El partido liberal nació apostándole a una democratización de la sociedad, a una expansión y popularización del activismo político, y luego se refugió, temeroso, en un reformismo por lo alto, en el famoso Olimpo radical. Al final del siglo XIX era una elite alejada del pueblo, aferrada a su ideal de una ciudadanía moderna preparada por el sistema de instrucción pública primaria y le había entregado a la Iglesia católica el control de las relaciones con los sectores populares.

Rafael Uribe Uribe no ayudó a resolver ninguno de los problemas centrales del liberalismo colombiano, pero los expresó en forma generosa. Expresó la incapacidad para formular una alternativa política no sectaria; expresó la pequeñez de miras de la dirigencia política colombiana que prefirió sacrificar vidas humanas en una guerra civil larga y cruenta que lograr algún tipo de convivencia en medio de las limitaciones impuestas por el conservatismo. Uribe Uribe prefirió, en episodios centrales, la satisfacción personal de su afán de gloria que hacer alianzas con otras facciones del liberalismo. Sus ambiciones personales fueron, en muchas ocasiones, superiores a la necesidad de organizar un partido político con arraigo popular o de aclimatar una vida pública exenta de animosidades bélicas.

El capítulo consagrado a su presencia en la guerra civil de los Mil Días obliga a pensar que se trató, principalmente, de un hombre de “ampulosidades militares”, como lo define

el biógrafo. Aunque fue un activo promotor de publicaciones periódicas, aunque fue un gran divulgador de ideas, se dejó arrastrar con facilidad por la turbulencia de la guerra. Su prestigio estuvo vinculado, en buena medida, con un exaltado anecdotario de episodios bélicos en que se erigió como el general triunfante. Y cuando parecía entregado a una laboriosa actividad legislativa y de diseño de un partido político de masas, como ya comenzaban a exigirlos los vientos modernizadores y democratizadores del siglo XX, encontró la muerte en las coordenadas violentas en que buena parte de su existencia había transcurrido. Uribe Uribe fue, en fin, un personaje atrapado en las coordenadas de un campo político muy violento, muy proclive al recurso de las armas. El Rafael Uribe Uribe que asoma en este estudio biográfico es un político insatisfecho, con más sueños que realizaciones. Sus frustraciones son las mismas frustraciones históricas del liberalismo en Colombia.



Este estudio del profesor Baillie Dunlap contribuye a entender la parábola del liberalismo colombiano como la de una ideología política incongruente, salpicada por la necesidad de adaptarse a situaciones coyunturales. Aún más, puede afirmarse que nuestro liberalismo fue muy conservador porque, entre otras cosas, no ofreció de manera contundente un ideal de vida laica y sus impulsos secularizadores fueron débiles, tímidos e incoherentes. Hemos tenido mucho conservatismo y poco liberalismo, por eso es que desde el punto de vista historiográfico hoy se hace importante examinar esa matriz conservadora,

hispanófila y católica que ha servido de cimiento para la reproducción de la clase política colombiana desde los inicios republicanos hasta hoy.

Escrita en otras coordenadas intelectuales y muy en sintonía con la llaneza de los historiadores estadounidenses, esta biografía no contiene un análisis generoso del pensamiento político de Uribe Uribe; hay una propensión, nada despreciable, a ver al biografiado en acción, lo cual sacrificó la posibilidad de analizar, en los escritos del dirigente liberal, determinados conceptos centrales en esa misma acción política. Por ejemplo, hubiese sido interesante un análisis de la categoría *pueblo* por parte de quien se fue consolidando como uno de los más ostensibles jefes de una de las facciones del liberalismo en Colombia. Tampoco hay un análisis, siquiera somero, del vínculo del radicalismo liberal de fin del siglo XIX y las formas de disidencia política religiosa con las cuales, presumiblemente, tuvo algún contacto el propio Uribe Uribe.

En fin, al biógrafo le faltó mayor esfuerzo para reconstruir discusiones y conflictos decisivos entre la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años de la siguiente centuria. Es muy lacónica la caracterización del enfrentamiento de Uribe Uribe con la tendencia político-intelectual representada por Carlos Arturo Torres, ni siquiera se refiere, de paso, a las ideas centrales que promovió el autor de *Idola fori*. La presentación del momento de la Unión Republicana también es muy parca y poco se detiene en lo que fue la Asamblea Constituyente de 1910, primera gran reforma de la Constitución de 1886. A eso se agrega el tratamiento muy marginal del pensamiento político del biografiado, sobre todo en la fase que encontraba algunos puntos de conciliación entre el liberalismo y el socialismo.

A pesar de esas carencias, esta es, por ahora, la mejor biografía histórica con que podemos contar, tanto para entender el periplo del dirigente liberal, como para entender la situación del liberalismo en los tiempos de la Regeneración. El investigador estadounidense dispuso de un acervo documental poco frecuentado y muy rico en información sobre el personal

político colombiano de los tiempos de la llamada Hegemonía conservadora; las colecciones documentales que por mucho tiempo estuvieron salvaguardadas por el Archivo de la Academia de Historia y que luego pasaron al Archivo General de la Nación contienen, por ejemplo, epistolarios, memorias y manuscritos que testimonian acerca de lo que estaba en discusión en los primeros decenios del siglo XX.



La biografía histórica sigue siendo un género de escritura que la historiografía colombiana mira con reserva, casi con desprecio. Malos ejemplos abundan, es cierto. Tropezamos con frecuencia con ensayos biográficos que nos revelan mucho de la personalidad y de las adhesiones o antipatías del autor de la biografía y nos dicen muy poco del biografiado; también hemos creído, de manera errónea, que la biografía es ocupación de historiadores aficionados o de literatos, y que el historiador serio y riguroso debe huírle a estos ejercicios de escritura. Hoy, con dificultad, pero con acierto, se ha ido entendiendo que la biografía es otra cosa; que es una escritura liminar, sí, pero que ha pertenecido a una larga y respetable tradición de escritura histórica, que es una escala de observación o, mejor, una perspectiva narrativa basada en el itinerario individual. A partir de esa perspectiva se inicia un ejercicio de reconstitución histórica que suele restablecer relaciones en que el individuo estuvo inmerso y que en muchas ocasiones ese paisaje de relaciones es más importante que el individuo mismo que ha servido de buen pretexto reconstructivo. La biografía no se acaba en el relato de

una historia individual. La vida del individuo es apenas un buen pretexto documental y narrativo para dar cuenta de las determinantes de una época. Por eso, la biografía reclama densidad y profundidad, culto al detalle. Esta biografía sobre Rafael Uribe Uribe es consistente, pero adolece de la falta de esos elementos que acabo de señalar, es superficial y rápida en varios pasajes. Pero, por ahora, es lo más serio que tenemos entre manos; una joven historiografía como la nuestra pronto superará vacíos de esta naturaleza.

Gilberto Loaiza Cano

El poder era (y sigue siendo) un asunto de familias

“De la primera sangre de este reino”. Las elites dirigentes de Santa Fe (1700-1750)

AINARA VÁZQUEZ VARELA
Editorial Universidad del Rosario,
Bogotá, 2010, 383 págs., il.

EN LA historiografía universitaria colombiana ha decaído el interés por los estudios sobre el periodo colonial y apenas en tiempos recientes ha habido una inclinación por establecer nexos explicativos entre ciertos sucesos del siglo XVIII y lo acaecido en las primeras décadas del siglo XIX. Algunos, con acierto, han visto que hay una elongación temporal de transición desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta por lo menos 1830. Un periodo que la historiografía europea ha sabido examinar en obras ya clásicas. Ir un poco más atrás es ahora muy excepcional y se corre el riesgo del aislamiento. Por eso, un libro que analiza juiciosamente un asunto anterior hay que tomarlo como un tesoro en estos tiempos de preocupaciones más contemporáneas.

El libro no es pretencioso; la autora partió de una preocupación muy limitada y hasta provinciana, pero luego se dio cuenta de que tenía entre manos algo que merecía mayores y mejores preguntas para resolver. Había empezado por averiguar la